

JOSEP FONTANA

LA HISTORIA
DE LOS HOMBRES

CRÍTICA
BARCELONA

16. EN BUSCA DE NUEVOS CAMINOS

Uno de los mayores retos que se nos presentan hoy a los historiadores es el de volver a implicarnos en los problemas de nuestro tiempo como lo hicieron en el pasado aquellos de nuestros antecesores que ayudaron con su trabajo a mejorar, poco o mucho, el mundo en que vivían. Si los historiadores franceses del primer tercio del siglo XX estudiaban la revolución de 1789 era porque querían contribuir a asentar los fundamentos de las libertades democráticas contra las fuerzas que las amenazaban (y no es por casualidad que en 1940 buena parte de los que defendían una interpretación progresista de la revolución se unieron a la resistencia y que una parte de los que la combatían en el terreno de la historia colaboraron con los alemanes). Y si los historiadores marxistas británicos de después de la Segunda Guerra Mundial se dedicaron a analizar en profundidad la revolución industrial y sus antecedentes, era para entender mejor los fundamentos del capitalismo con el fin de aliviar los males que causaba. A nosotros nos corresponde el gran desafío de encontrar las causas de los dos grandes fracasos del siglo XX: explicar la barbarie que lo ha caracterizado, con el fin de evitar que se reproduzca en el futuro, y la naturaleza de los mecanismos que han engendrado una mayor desigualdad, desmintiendo las promesas del proyecto de desarrollo que pretendía extender los beneficios del progreso económico a todos los países subdesarrollados del mundo. Sería triste que tuviésemos que repetir la queja que Marc Bloch formulaba en nombre de los historiadores de su tiempo: «No nos hemos atrevido a ser en la plaza pública la voz que clama en el desierto... Hemos preferido encerrarnos en la quietud de nuestros talleres... No nos queda, a la mayor parte, más que el derecho a decir que fuimos buenos obreros. ¿Pero hemos sido también buenos ciudadanos?».¹

Esto no significa que haya que volver a trabajar como lo hacían nuestros predecesores: que debamos volver a la historia económica y social de Labrousse o a la historia social y cultural de Thompson, aunque en una y otra haya mucho que sigue siendo válido. Si los teóricos del postmodernismo y de la subalternidad nos han mostrado que nuestro instrumental tenía fallos, conviene que lo revisemos antes de proseguir la tarea. Pero esta revisión no lo es todo. Teoría y

1. Marc Bloch, *L'étrange défaite*, París, Gallimard, 1990, pp. 204-205.

método no son los objetivos de nuestro oficio, sino tan sólo las herramientas que empleamos en el intento de comprender mejor el mundo en que vivimos y de ayudar a otros a entenderlo, con el fin de que entre todos hagamos algo para mejorarlo, que siempre es posible. En los momentos amargos de la derrota francesa Bloch lo reivindicaba. Una conciencia colectiva, decía, está formada por «una multitud de conciencias individuales que se influyen incesantemente entre sí». Por ello, «formarse una idea clara de las necesidades sociales y esforzarse en difundirla significa introducir un grano de levadura en la mentalidad común; darse una oportunidad de modificarla un poco y, como consecuencia de ello, de inclinar de algún modo el curso de los acontecimientos, que están regidos, en última instancia, por la psicología de los hombres».²

La crítica justificada de los viejos métodos no debe llevarnos a la negación del proyecto de un nuevo tipo de historia total que nos permita entender los mecanismos esenciales de funcionamiento de la sociedad, lo cual no significa buscar unas «leyes» que determinen su evolución, sin que podamos contentarnos con hallazgos puntuales que sólo responden a una pequeña parte de nuestros problemas y que no interesan más que a los miembros de la tribu académica. Hemos de renovar nuestro utillaje teórico y metodológico para que nos sirva para volver a entrar en contacto con los problemas reales de los hombres y las mujeres de nuestro tiempo, de los que la historia académica, incluyendo sus variantes postmodernas, nos ha alejado. Necesitamos superar la fractura que en la actualidad existe entre la memoria del pasado que los hombres construyen para organizar sus vidas —estableciendo puentes desde la propia memoria personal y familiar hacia un pasado más amplio, construido con experiencias, recuerdos de gente de otras generaciones, lecturas, imágenes recibidas de los medios de comunicación, etc.— y la historia que se enseña en las escuelas, que la gente común ve como un saber libresco «sobre la política, los reyes, las reinas y las batallas».³

Una nueva historia «total» deberá ocuparse de todos los hombres y mujeres en una globalidad que abarque tanto la diversidad de los espacios y de las culturas como la de los grupos sociales, lo cual obligará a corregir buena parte de las deficiencias de las viejas versiones. Habrá de renunciar al eurocentrismo y prescindirá, en consecuencia, del modelo único de la evolución humana con sus concepciones mecanicistas del progreso, que aparece como el producto fa-

2. *Id.*, p. 205. Trescientos años antes, un gran rebelde, John Milton, escribió: «Los libros no son cosas totalmente muertas, sino que contienen una potencia de vida que es tan activa como el alma que los ha creado (...) Sé que son tan vivos y tan vigorosamente productivos como los fabulosos dientes del dragón; y que, sembrados aquí y allá, pueden hacer nacer hombres armados». John Milton, «Areopagitica», en *Prose writings*, Londres, Dent, 1974, p. 149.

3. Roy Rosenzweig y David Thelen, *The presence of the past. Popular uses of history in American life*, New York, Columbia University Press, 1998; Kathy Emmott, «A child's perspective on the past: influences of home, media and school», en *Who needs the past? Indigenous values and archaeology*, Londres, Routledge, 1994, pp. 21-44, cita de p. 25; Maurice Halbwachs, *La mémoire collective*, París, Albin Michel, 1997, en especial, «Mémoire collective et mémoire historique», pp. 97-142.

tal de las «leyes de la historia», con muy escasa participación de los humanos que deberían ser sus protagonistas activos. Walter Benjamin denunció en sus «Tesis de filosofía de la historia» —el escrito por cuya conservación, como hemos dicho antes, arriesgó su vida— el gran fraude que la concepción mecanicista del progreso había significado para la clase obrera.⁴ En su inacabado «libro de los pasajes» lo razonaba además históricamente: el concepto de progreso tuvo una función crítica hasta la Ilustración, pero en el siglo XIX, con el triunfo de la burguesía, ésta lo desnaturalizó y, auxiliada por la doctrina de la selección natural «ha popularizado la idea de que el progreso se realiza automáticamente».⁵ Lo cual resulta una forma muy eficaz de despolitizarlo y de incitar a los hombres a la inacción, como lo hacen, de otro modo, aquellos que interpretan hoy el progreso en función exclusivamente de los avances de la ciencia y de la tecnología.

La linealidad de este modelo está asociada a una práctica errónea de los historiadores, nacida de la falacia cientifista, que los lleva a proceder a partir de un análisis abstracto, supuestamente inspirado en las «leyes de la historia», hacia el dato puntual, coleccionando hechos que puedan encajarse en el lugar que se les ha asignado previamente en el modelo interpretativo. Cuando lo que convendría es, por el contrario, comenzar por el hecho concreto, por el acontecimiento con todo lo que tiene de complejo y peculiar.

Quisiera explicarlo con una imagen. El historiador acostumbra a proceder como quien resuelve un rompecabezas, un puzzle, valiéndose de un modelo que le muestra las líneas generales de la solución, y va buscando el lugar concreto en que las líneas de la pieza, esto es las características del acontecimiento o del dato, encajan con exactitud, lo cual le sirve para confirmar la validez de la solución anticipada, del modelo interpretativo que ha adelantado como hipótesis de partida. Pero un acontecimiento no es una pieza plana que pueda explicarse por completo a partir de este ajuste, sino un poliedro, un

4. Una explicación necesaria sobre la forma en que uso las numerosas citas de Walter Benjamin que hago a continuación, prescindiendo de la amplísima bibliografía sobre Benjamin, con sus planteamientos filosóficos y teológicos. Lo que me interesa es este momento final de maduración de sus ideas, y no los momentos anteriores ni su origen. De hecho lo que pretendo hacer es practicar con Benjamin el mismo «arte de las citas» que él propugna, y para esto me interesa más lo que se puede deducir de las citas mirando hacia adelante, que atenerme a su significado mismo en el momento en que las escribió. He usado las «tesis» en la edición de Walter Benjamin, *Gesammelte Schriften*, Frankfurt, Suhrkamp, 1974, I, 2, pp. 691-704 (y anotaciones en I, 3, pp. 1223-1266) y en diversas traducciones, de las cuales resulta muy válida la que se encuentra en Walter Benjamin, *Sul concetto di storia* (a cargo de Gianfranco Bonola y Michele Ranchetti), Milán, Einaudi, 1997, pp. 20-57, con el texto alemán confrontado, y muy poco, por desnaturalizada, la de Jesús Aguirre en W. Benjamin, *Discursos interrumpidos*, I, Madrid, Taurus, 1982, pp. 177-191.

5. Citaré generalmente «Passagen-Werk», con el número correspondiente del texto, de acuerdo con la edición de Rolf Tiedemann, en este caso N 11a, I. De hecho confronto los textos en tres traducciones diferentes: *Paris, capital du XIX^e siècle*, París, Les Editions du Cerf, 1989 (donde este texto se encuentra en p. 495), *The Arcades project*, Cambridge, Mass., Belknap Press, 1999, (en p. 476) y *Sul concetto di storia*, (en pp. 126-127).

cuerpo de tres dimensiones con un gran número de caras, una de las cuales encaja en el modelo de nuestro rompecabezas, mientras que las otras lo sitúan en un haz de diversas relaciones y determinan que pueda encajar en otros tantos modelos. Si partimos de la solución preestablecida, sólo veremos esta dimensión plana de los hechos; si partimos del acontecimiento, podremos distinguir la diversidad de los planos que se entrecruzan en él y escoger los que nos aporten perspectivas más interesantes.⁶

Esta práctica respondería a la incitación de Edward Thompson para que busquemos en el archivo «la realidad ambigua y ambivalente», o a la de Walter Benjamin, que quería un método de trabajo capaz de asociar el rigor de la teoría con la «visibilidad» de la historia: un método que hiciese posible «descubrir en el análisis del pequeño momento singular el cristal del acontecimiento total».⁷

El cientifismo de fines del siglo XIX, que sostenía que lo que distingue a la auténtica ciencia es su capacidad de predecir, indujo a los historiadores a buscar unas «leyes» que les permitiesen también prever el futuro. Pero ocurre que, mientras los científicos sociales, y con ellos muchos historiadores, se obsesionaban durante el siglo XX con esta concepción mecanicista, la ciencia había abandonado las viejas ilusiones y había descubierto que el Universo era mucho más complejo que el reloj cósmico de Newton y de Laplace, y que el determinismo y la capacidad de predecir correspondían a un mundo de abstracciones, y no al de una realidad en que la ciencia no puede calcular con exactitud ni tan sólo el movimiento de tres cuerpos relacionados entre sí. Lo cual ha llevado a los científicos a poner en un lugar central las relaciones no lineales, mucho más abundantes en la naturaleza, y sobre todo en la vida, que los encadenamientos simples y directos de causas y efectos. Para decirlo con las palabras de Ilya Prigogine: «Tanto en dinámica clásica como en física cuántica, las leyes fundamentales expresan hoy posibilidades y no certezas. No sólo hay leyes, sino acontecimientos que no pueden deducirse de las leyes».⁸

La ciencia actual, una ciencia de cuanta, en que la indeterminación tiene un papel importante, que se niega a aceptar «la igualación progresiva de la evolución con el progreso lineal», que ha creado unas «matemáticas experimentales» —fue un matemático quien dijo que «no hay nada que se pueda llamar una prueba matemática», sino que «las pruebas son (...) argumentos retóricos, destinados a afectar la psicología»— y que ha desarrollado un campo de estudio sobre el caos y la complejidad, tiene poco que ver con unas ciencias socia-

6. Algo por el estilo ha hecho Mack Walker en *The Salzburg transaction. Expulsion and redemption in eighteenth-century Germany* (Ithaca, Cornell University Press, 1992), donde nos narra la expulsión del arzobispado de Salzburgo de 20.000 campesinos protestantes que fueron obligados a asentarse en tierras lejanas del este de Prusia, y nos explica este hecho desde cinco perspectivas distintas: como parte de la historia del arzobispado de Salzburgo, como un acontecimiento integrado en la historia de Prusia, como una muestra de los problemas confesionales y constitucionales en el Imperio, como experiencia vivida de los campesinos y, finalmente, en el marco de la historia del protestantismo prusiano.

7. «Passagen-Werk», N 26.

8. Ilya Prigogine: *La fin des certitudes*, París, Odile Jacob, 1996, p. 14.

les que han seguido con la ilusión de construir explicaciones totales y se han esforzado en hacerse miméticamente científicas a costa de renunciar a lo que era propio y característico de su trabajo.⁹

Eso sucede, paradójicamente, cuando son los científicos naturales los que se muestran interesados en recuperar los valores de la historicidad y dicen, por ejemplo, que «la naturaleza está constituida por acontecimientos y por las relaciones entre ellos, tanto como por sustancias y partículas separadas: la historicidad es una característica importante de la ciencia».¹⁰ Hasta el punto que un biólogo molecular nos asegura que su disciplina está abandonando «la fútil búsqueda de leyes» y haciéndose cada vez más histórica: «Muchos biólogos moleculares —concluye— están convirtiéndose en historiadores de buen o mal grado».¹¹

Paradójicamente, los intentos para introducir esta misma óptica «historicista» en el terreno de la historia no han tenido éxito. La inteligente crítica que Edward Nell hizo de las explicaciones «de factor», esto es de las secuencias lineales encadenadas de causas y efectos habituales en los historiadores, que proponía reemplazar con interpretaciones por «redes factoriales de relaciones mutuamente dependientes», mucho más adecuadas para explicar el juego de complejas interrelaciones que se producen en una sociedad, pasó sin recibir atención. Tal vez porque se alejaba de los métodos narrativos habituales; pero también porque obligaba a mucho trabajo y daba respuestas sutiles y matizadas con las cuales difícilmente se puede esperar recibir atención ni del público, ni de la propia tribu.¹²

La linealidad es, de hecho, una consecuencia necesaria del «fin de la historia» propugnado por una burguesía triunfante que tiene interés en hacernos creer en la existencia de un único orden final de las cosas, al cual han de tender naturalmente todas las líneas de evolución, ignorando que «los conceptos de la clase dominante han sido siempre los espejos gracias a los cuales se ha venido a constituir la imagen de un orden».¹³

La linealidad exige, por fuerza, la idea de continuidad. «La celebración o la apología se esfuerzan en ocultar los momentos revolucionarios en el curso de la historia. Lo que quiere en su corazón es fabricar una continuidad. No da por esto importancia más que a aquellos elementos de la obra que han entrado ya a

9. Sobre la teoría del «equilibrio puntuado», por ejemplo, que cambia nuestra percepción del proceso de evolución, véase Stephen Jay Gould, *Un dinosaurio en un pajar*, Barcelona, Crítica, 1997, pp. 137-154 (con anterioridad se hace una cita de *La montaña de almejas de Leonardo*, del mismo autor, Barcelona, Crítica, 1999, p. 129). Lo que se refiere a las matemáticas, de G. H. Hardy, *A mathematician's apology*, publicado en 1929. Citado por George Gheverghese Joseph en D. Nelson, G. G. Joseph y J. Williams, *Multicultural mathematics*, Oxford, Oxford University Press, 1993, p. 11.

10. John Cornwell, ed., *Nature's imagination. The frontiers of scientific vision*, Oxford, Oxford University Press, 1995, p. V.

11. Robert Pollack, *Signs of life. The language and meaning of DNA*, Nova York, Houghton Mifflin, 1994, pp. 152-153.

12. E. J. Nell, *Historia y teoría económica*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 62-68.

13. «Passagen-Werk», J 61a, 2.

formar parte de su influjo posterior. Olvida en cambio los puntos en que la tradición se interrumpe y las rupturas y asperezas que ofrecen apoyo a quien se propone ir más allá.» Hay que arrancar la época de esta «continuidad cosificada» y hacer explotar su homogeneidad «llenándola con las ruinas, esto es con el presente». Podremos así superar la idea de progreso con la de «actualización» y aprender a aproximarnos a lo que ha sido, «tratándolo, no de manera historiográfica, como hasta ahora se ha hecho, sino de manera política, con categorías políticas».¹⁴

Abandonar la linealidad nos ayudará a superar, no sólo el eurocentrismo, sino también el determinismo. Al proponer las formas de desarrollo económico y social actuales como el punto culminante del progreso —como el único punto de llegada posible, pese a sus deficiencias y a su irracionalidad—, hemos escogido de entre todas las posibilidades abiertas a los hombres del pasado tan sólo aquellas que conducían a este presente y hemos menospreciado las alternativas que algunos propusieron, o intentaron, sin detenernos a explorar las posibilidades de futuro que contenían.

Renunciando a esta visión que ha servido para justificar, como necesarios e inevitables, tanto el imperialismo como las formas de desarrollo con distribución desigual, podríamos ayudar a construir interpretaciones más realistas, capaces de mostrarnos no sólo la evolución simultánea de líneas diferentes, sino el hecho de que en cada una de ellas, incluyendo la que acabaría dominando, no hay un avance continuo en una dirección, sino una sucesión de rupturas, de bifurcaciones en que se pudo escoger entre diversos caminos posibles, y no siempre se eligió el que podía haber sido el mejor en términos del bienestar del mayor número posible de hombres y mujeres, sino el que convenía —o por lo menos el que parecía convenir— a aquellos grupos que disponían de la capacidad de persuasión y/o de la fuerza represiva necesarias para decidir: «resulta de un interés vital reconocer un punto determinado de desarrollo como una encrucijada».¹⁵

Hemos de elaborar una visión de la historia que nos ayude a entender que cada momento del pasado, igual que cada momento del presente, no contiene sólo la semilla de un futuro predeterminado e inevitable, sino la de toda una diversidad de futuros posibles, uno de los cuales puede acabar convirtiéndose en dominante, por razones complejas, sin que esto signifique que es el mejor, ni, por otra parte, que los otros estén totalmente descartados. Christopher Hill ha dicho: «Una vez que el acontecimiento se ha producido, parece inevitable; las alternativas se esfuman. La historia la escriben los vencedores, sobre todo la historia de las revoluciones. Merece la pena, sin embargo, que nos adentremos imaginativamente hacia atrás, hacia el tiempo en que las diversas opcio-

14. «Passagen-Werk», N 9a, 5; N 9a, 6; N 2, 2 y K 2, 3. Esta era una de las razones que le llevaban a combatir «las construcciones de la historia [que] son como órdenes militares que disciplinan la vida real y la encierran en cuarteles» y a priorizar la anécdota que es «como una revuelta en la calle» y que nos acerca a la inmediatez de la vida (S 1a, 3).

15. «Passagen-Werk», S 1, 6.

nes parecían abiertas».¹⁶ Esta es la especie de «giro copernicano» de la historia que nos pedía Benjamin: abandonar la idea de que hay un punto fijo, «lo que ha sucedido», al cual intenta aproximarse el conocimiento desde el presente, y volverlo cabeza abajo con la irrupción de la conciencia desvelada, cuando la política se sobrepone a la historia; entonces «los hechos se convierten en algo que nos golpea justamente en este momento, y establecerlos es cosa de la memoria».¹⁷

Una historia no lineal nos permitiría recuperar muchas cosas que hemos dejado olvidadas por el camino de la mitología del progreso: el peso real de las aportaciones culturales de los pueblos no europeos, el papel de la mujer, la racionalidad de proyectos de futuro alternativos que no triunfaron, la política de los subalternos, la importancia de la cultura de las clases populares... Y nos ayudaría a escapar, con este enriquecimiento de nuestro horizonte, a la apatía y la desesperanza a que quiere condenarnos el discurso dominante en nuestro entorno, que nos ha llevado a este «tiempo de resignación política y de fatiga».¹⁸

Durante la Guerra civil española, Antonio Machado escribió que cuando se examinaba el pasado para ver qué llevaba dentro era fácil encontrar en él un cúmulo de esperanzas, ni conseguidas ni frustradas, esto es un futuro.¹⁹ La clase de historia que estamos escribiendo y enseñando desde hace más de doscientos años ha eliminado este núcleo de esperanzas latentes de su relato, donde todo se produce fatalmente, mecánicamente, en un ascenso ininterumpido que lleva al hombre desde las cavernas prehistóricas hasta la gloria equívoca de la postmodernidad en que hoy vivimos. Todo lo que cae fuera de este esquema es menospreciado como una aberración que no podía sostenerse ante la marcha irresistible de las fuerzas del progreso, o como una utopía inviable.

Otro fugitivo del fascismo como Machado, Walter Benjamin, que murió un año después que el poeta andaluz, y en un lugar muy cercano al del fallecimiento de aquél, nos advirtió de los males que produce esta visión lineal y lo ilustró con el ejemplo del fascismo, que se acostumbraba a ver como una aberración retrógrada o como algo excepcional, y por tanto de supervivencia difícil, en lugar de entenderlo como un fruto lógico y natural de un tiempo y de unas circunstancias (como se puede ver hoy, cuando renace, vagamente disfra-

16. La cita es de Christopher Hill, *Some intellectual consequences of the English revolution*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1980, p. 33. Robert Gildea (*The past in French history*, New Haven, Yale University Press, 1994) nos muestra cómo la historia de Francia se ha escrito en diversas versiones que responden a planteamientos muy diversos. No hay que pensar en estas visiones alternativas sólo en términos de invención discursiva. Su fundamento reside en el hecho de que en alguna encrucijada del pasado se han diversificado los caminos que llevaban en las diversas direcciones que propugnan colectivos diversos y sus miembros siguen creyendo que la historia no ha acabado y que la proyección de estos caminos hacia el futuro sigue siendo posible.

17. «Passagen-Werk», K 1, 2.

18. Russell Jacoby, *The end of utopia. Politics and culture in an age of apathy*, New York, Basic Books, 1999, p. 181.

19. Antonio Machado, *Obras. Poesía y prosa*, Buenos Aires, Losada, 1964, p. 428.

zados y negando en algunos casos sus orígenes, sin que produzca apenas escándalo). Y completaba el cuadro denunciando aquel otro error paralelo en que habían caído la izquierda y el movimiento obrero, de creer que tenían «las leyes de la historia» de su parte, y que esto les garantizaba la victoria.²⁰

Contra la historia que pretendía explicar las cosas «tal como han pasado» —esto es, del único modo en que podían pasar— Benjamin proponía al historiador que trabajase como el físico en la desintegración del átomo, con el fin de liberar las enormes fuerzas que han quedado atrapadas en la explicación lineal de la historia, que habría sido «el narcótico más poderoso de nuestro siglo».²¹

Abandonadas en las bifurcaciones en que se tomó una opción —en las encrucijadas en que se escogió uno u otro camino—, o entre el bagaje de los que fueron derrotados por unos vencedores que después han reescrito la historia para legitimar su triunfo, hay muchas cosas que merece la pena recuperar. No es lícito pensar, para poner un solo ejemplo, que el fracaso de los regímenes de la Europa oriental a fines del siglo XX transforme en menospreciables las esperanzas y los esfuerzos de todos los hombres y mujeres que han luchado desde hace siglos para conseguir una sociedad más igualitaria. El legado de éstos forma parte, con muchos otros, de las «enormes fuerzas» olvidadas en los rincones de una narración lineal del pasado: de una pretendida historia de progreso que, encima, termina mal.

Llevar a la práctica el proyecto de escribir esta nueva clase de historia nos obligará a cambiar muchas de las normas habituales de nuestro trabajo. Tendremos que desintegrar el tipo de continuidad histórica falaz que se construye habitualmente en función de la voluntad de establecer una genealogía, esto es una justificación, del objeto histórico que nos hemos propuesto explicar.²²

Ranjit Guha ha denunciado una de estas falsas continuidades, tal vez la más frecuente y perniciosa: la de quienes crean esquemas interpretativos que tienen como fundamento esencial legitimar retrospectivamente las construcciones estatales y la estructura del poder social de nuestro tiempo. Coincidiendo en muchos aspectos con el análisis de Benjamin, Guha examina las convenciones que hacen que se considere determinados acontecimientos y hechos como «históricos», lo que significa que se los ha escogido para la historia. Pero ¿quién los designa para esta función? Hay una discriminación en la selección que se hace de acuerdo con valores y criterios que no se especifican. Pero, si se mira con atención, no es difícil advertir que la autoridad que con-

20. Benjamin, «Tesis de filosofía de la historia», 8, 11 y 13.

21. «Passagen-Werk», N 3, 4; alguna cita dice «del siglo XIX», pero la expresión es plenamente válida para el XX.

22. También aquí acertó Benjamin adivinando la naturaleza del problema al escribir: «El momento crítico, o destructor, en la historiografía materialista, se manifiesta por la desintegración de la continuidad histórica, porque sólo así se constituye el objeto histórico. De hecho es imposible identificar un objeto histórico en medio del curso continuo de la historia. Por esto la narración histórica, desde tiempo inmemorial, ha extrapolado un objeto de este curso continuo. Pero esto se hacía sin fundamentos, como un recurso, y su primera preocupación era la de volver a insertar este objeto en el continuo que creaba nuevamente por empatía» «Passagen-Werk», N 10a, 1.

duce la operación es, en la mayor parte de los casos, una ideología que considera la vida del estado como central para la historia y que, en consecuencia, sólo encuentra interesantes los hechos que se refieren a ella.²³

Esta tradición de «estatismo» dice Guha, arranca de los orígenes del pensamiento histórico moderno con el renacimiento italiano, y el ascenso de la burguesía en Europa durante los tres siglos siguientes no hizo más que reforzarla, de modo que la política «oficial» —la política del estado— se convirtió en la sustancia misma de la historia, que desde el siglo XIX se integró en el sistema académico con sus programas y con una profesión dedicada a propagarlos en la enseñanza y a través de la producción de trabajos escritos.

Esta deformación, añade, extiende sus efectos más allá incluso del área de influencia del poder establecido. Guha nos muestra, examinando el relato de la revuelta india de Telangana, dirigida por el Partido Comunista entre 1946 y 1951, que el estatismo llega a pervertir la historia que explican los vencidos, que acaba siendo una visión que lo subordina todo al proyecto frustrado de construcción de un poder alternativo y, al hacerlo, olvida los motivos reales que llevaron a la revuelta a buena parte de sus participantes, fenómeno que ilustra con el caso de las mujeres, que se sumaron con sus propias reivindicaciones, pero que acaban en este relato reducidas a simples colaboradoras del programa de los dirigentes del partido. Pese a la simpatía que se muestra por ellas y a los elogios a su valor, lo que no se hace es escuchar lo que decían, ya que esto habría destruido el estatismo dominante en el relato.

Ver el conjunto de los hechos, enumerar «los acontecimientos sin distinguir los pequeños de los grandes», tomando conciencia de que nada de lo que ha sucedido se ha perdido para la historia, corresponde a «la humanidad redimida»: «eso significa que sólo la humanidad redimida puede citar el pasado en cada uno de sus momentos».²⁴

La crítica de Guha a la historia «estatista», concretada en la crónica de la revuelta de Telangana, no significa que esté denunciando una versión equivocada de lo sucedido que se podría reemplazar por otra semejante, pero correcta. El problema va más allá y reside en el hecho de que lo que se necesitaría sería otro tipo de escritura que fuese capaz de escuchar a la vez las diversas voces de la historia, no sólo las de los dirigentes, que relatan su proyecto y relegan todos los demás elementos activos a la instrumentalidad, ni tan sólo la voz de las mujeres.

«Lo que tengo en mente —dice Guha— no es una simple revisión sobre fundamentos empíricos.» Para integrar estas otras voces de la historia sería necesario romper la línea unitaria de la versión dominante, complicando mucho el argumento. Porque la autoridad de esta versión es inherente a su estructura narrativa. Una estructura formada en la historiografía posterior a la Ilustración, como en la novela, por un cierto orden de coherencia y linealidad. Es este orden el que dicta lo que se debe incluir en la historia y lo que se deja fuera de ella, el

23. «The small voice of history», en *Subaltern studies*, VI, Delhi, Oxford University Press, 1996, pp. 1-12.

24. Benjamin, «Tesis de filosofía de la historia», 3.

que fija cómo debe desarrollarse de una manera consistente la trama, con su desenlace eventual, y cómo la diversidad de caracteres y acontecimientos ha de controlarse de acuerdo con la lógica de la acción principal. Mientras la univocidad del discurso estatista se base en este orden, un cierto desorden —una desviación radical del modelo que ha dominado la escritura de la historia en los tres siglos últimos— será una exigencia esencial de la revisión.

La solución no será fácil. Qué forma concreta ha de adoptar este desorden, añade Guha, es difícil de predecir. Tal vez forzará la narración a balbucear en su articulación en lugar de presentarse como una corriente continua de palabras. Tal vez la linealidad de su avance se disolverá en lazos y nudos. Tal vez la propia cronología, la vaca sagrada de la historiografía, será sacrificada en el altar de un tiempo caprichoso, que no se avergüence de su carácter cíclico. Todo lo que se puede decir en este punto es que la destrucción de la narratología burguesa será la condición para esta nueva historiografía, sensible a los ecos de desesperanza y determinación de las voces de una subalternidad desafiante dedicada a escribir su propia historia.

Este mismo problema lo ha planteado Robert Gregg, que se inspira también en los historiadores de la escuela de los estudios subalternos, en un análisis comparado de las historias de los Estados Unidos y de África del sur, que le sirve para analizar las deformaciones que impone a la historia comparada un tipo de excepcionalismo que el historiador elabora a partir de la definición de su propia nación —una definición siempre sesgada, que incluye unos elementos y excluye otros de manera arbitraria— y que se usa como elemento de comparación y de interpretación. Gregg piensa en la posibilidad de otros tipos de relato que permitan superar los riesgos del excepcionalismo: «los formados en torno a intersecciones con otras sociedades y naciones, o los basados en las experiencias de gente que habitualmente se considera marginal (la clase de gente a la que incluso los historiadores sociales encuentran difícil asignar un papel activo)». El problema mayor es, naturalmente, el de poner orden en la multitud de narraciones que se nos ofrecen con este método para conseguir algún tipo de síntesis.²⁵ Esto nos obligaría a desagregar buena parte de los elementos de análisis de la sociedad que recibimos de la historiografía —no sólo porque nos vienen dados en marcos nacionales que los condicionan, sino, sobre todo, porque están tarados por esta óptica de excepcionalismo, con frecuencia inconsciente— y volver a recomponer las piezas en nuevas agregaciones organizadas de acuerdo con las necesidades de nuestras indagaciones.

Un método que respondiese a estos planteamientos —y que haría de entrada muy difícil la pretensión de construir una «historia universal»²⁶ nos

25. Robert Gregg, *Inside out, outside in. Essays in comparative history*, Londres, Macmillan, 2000, pp. 25-26.

26. «Desde un punto de vista metodológico, la historiografía materialista se distingue de la historia universal más que de cualquier otra. La historia universal está falta de estructura teórica. Su procedimiento es el de la adición: proporciona una masa de hechos para llenar un tiempo homogéneo y vacío.» Benjamin: «Tesis de filosofía de la historia», 17.

obligaría a una investigación mucho más compleja y a inventar un tipo de relato polifónico²⁷ que, sin olvidar el hilo conductor del «estado» —porque, se quiera o no, el papel del poder hay que tenerlo siempre presente—,²⁸ escogiese el número suficiente de las voces altas y bajas, grandes y pequeñas, de la historia para articularlas en un coro más significativo que las visiones tradicionales que nos hablan de los soberanos y de sus conquistas y olvidan a los campesinos que pagaron con su esfuerzo el coste de los ejércitos que les permitieron ganar batallas. O que las de una historia social que hace de los campesinos los protagonistas —lo cual significa un avance en el terreno de la representatividad, puesto que son muchos más que los soberanos— pero no nos dice nada de los que, haciendo las leyes y exigiendo los impuestos, determinaron buena parte de sus vidas. La forma de relato que habrá de incluir a los unos y a los otros —y muchas más voces todavía— en pie de igualdad, sin instrumentalizarlas (sin contentarse con subordinar los campesinos, ni que sea como víctimas, a la historia de los reyes) está aún por inventar, y es más que probable que requiera muchas experiencias y tanteos hasta llegar a alcanzar la eficacia necesaria.²⁹

El abandono de la narrativa inspirada en la novela burguesa,³⁰ que es la dominante en buena parte de nuestra historiografía —no sólo en la que se presenta como directamente narrativa, sino también en la de pretensión analítica, que está normalmente construida en función de un argumento—, nos podría ayudar a superar otro defecto habitual en los relatos de los historiadores. Los hombres acostumbran a racionalizar a posteriori sus actos para convencer a los demás, y convencerse a sí mismos, de que estos actos son lógicos y razonables. Pero en sus motivaciones reales hay un trasfondo de prejuicios, miedos o aspiraciones inconfesados (que con frecuencia no se atreven ni siquiera a confesarse a sí mismos), que o bien se ocultan, o se integran forzosamente en un contexto que pretende ser racional (el racismo, para poner un solo ejemplo, se presenta por parte de quienes lo sostienen como un producto de la ciencia, pero no nace de la ciencia, sino que la usa como legitimación).³¹ El hombre es, más que un animal racional, un animal racionalizador, que justifica a posteriori con razones imaginadas muchas decisiones que surgen de zonas oscuras de su mente. Ello explica que los hombres, y las mujeres, reales sean por natu-

27. Tal vez con técnicas narrativas parecidas a las de algunas novelas corales como *El Volga desemboca en el mar Caspio* de Boris Pilniak, por ejemplo.

28. Sin simplificarlo ni despersonalizarlo, a la manera de Foucault, sino analizando con cuidado los diversos «poderes» concretos que actúan en cada lugar y en cada momento.

29. Tenemos apenas unos pocos ejemplos de obras que intentan explorar la realidad de ese otro modo, como la de Paul A. Cohen, quien en *History in three keys. The Boxers as event, experience and myth* (New York, Columbia University Press, 1997) explica un acontecimiento, la revuelta de los bóxers, como hecho reconstruido por la investigación histórica, como experiencia vivida y como mito, o como el libro de Mack Walker sobre el arzobispado de Salzburgo que he citado antes.

30. Sobre esta cuestión véase Mark Salber Phillips, *Society and sentiment. Genres of historical writing in Britain, 1740-1820*, Princeton, Princeton University Press, 2000, pp. 103-128.

31. El caso de las «ciencias racistas» nazis es conocido. En fecha más cercana tenemos muestras de aparente cientifismo como la famosa de *The Bell curve*.

raleza contradictorios —vistos a la luz de la racionalidad— y que sus actos no se ajusten a la imagen coherente que pretenden dar de sí mismos. Si nos acostumbramos a verlos así, y no en la visión plana del retrato sin sombras que nos ofrecen normalmente sus biógrafos, o ellos mismos en memorias en que han reconstruido cuidadosamente sus vidas —dos formas de relato en que las propias reglas literarias exigen que se cree coherencia— conseguiremos entenderlos mejor.

Podríamos volver ahora al tema, que antes hemos planteado, del encaje de un hecho o de un acontecimiento en más de un cuadro interpretativo —en más de un rompecabezas— que no era una proclamación de relativismo, como podía parecer, sino la defensa de una pluralidad de visiones objetivas, que corresponden a la diversidad imprevisible de la propia vida, una diversidad que los hábitos del pensamiento científico tradicional nos han llevado a simplificar, empobreciendo nuestra visión, al «no aceptar los fenómenos tal como son, sino cambiándolos bien sea en el pensamiento (abstracción), bien interfiriendo activamente en ellos (experimentación)», dos procedimientos que eliminan los rasgos particulares que distinguen un objeto de otro o los lazos que lo ligan a su entorno.³²

Debemos ir todavía un paso más allá, explorando la forma en que en cada momento de su vida los seres humanos escogen uno de los aspectos concretos de la realidad, en función de las necesidades del momento, no para hacer un paralelismo fácil con el tipo de selección que el historiador practica con los hechos del pasado a su alcance, sino porque esto nos puede ilustrar acerca del papel real que tiene la historia en nuestra comprensión del mundo, en una dirección que Benjamin parece haber intuido al decir, por una parte, que «la verdadera imagen del pasado se desvanece súbitamente. Sólo en la imagen que relampaguea de una vez para siempre en el instante de su cognoscibilidad se deja fijar el pasado», y al añadir, por otra, que «para el materialismo histórico se trata de fijar la imagen del pasado tal como se presenta de improviso al sujeto histórico en el momento del peligro».³³

Y he aquí que esto, que puede sonar como algo nebulosamente poético, se nos aclara cuando pensamos que la función que esa memoria colectiva que es la historia cumple al servicio de los hombres y mujeres que la asumen como propia, tiene una gran semejanza con lo que la neurobiología actual nos dice que hace la memoria personal para cada ser humano individualmente. Sabemos, en efecto, que la memoria personal no es un depósito de representaciones —de aquellas supuestas imágenes fotográficas guardadas en la mente, de modo semejante a como el academicismo imagina una «historia» constituida como un depósito de hechos científicamente establecidos por las academias—

32. Estas líneas se basan en el libro póstumo de Paul Feyerabend, *Conquest of abundance. A tale of abstraction versus the richness of being*, Chicago, The University of Chicago Press, 2000 (cita de p. 5).

33. Benjamin, «Tesis de filosofía de la historia» 5 y 6; peligro, añade, «de prestarse a ser instrumento de la clase dominante».

sino que es en realidad un complejo sistema de relaciones que tiene un papel esencial en la formación de la conciencia. Una de sus funciones más importantes, precisamente, es la de elaborar «una forma de “recategorización” durante la experiencia en curso, que es mucho más que una reproducción de una secuencia previa de acontecimientos». Los neurobiólogos nos dicen que la conciencia se vale de la memoria para evaluar las situaciones a que ha de enfrentarse mediante la construcción de un «presente recordado», que no es la evocación de un momento determinado del pasado, sino la capacidad de poner en juego experiencias previas para diseñar un escenario al cual puedan incorporarse también los elementos nuevos que se nos presentan.³⁴

Del mismo modo los historiadores, al trabajar con la memoria colectiva, no se dedican a recuperar del pasado verdades que estaban enterradas bajo las ruinas del olvido, sino que usan su capacidad de construir «presentes recordados» para contribuir a la formación de la clase de conciencia colectiva que corresponde a las necesidades del momento, pero no sacando lecciones inmediatas de situaciones del pasado que no han de repetirse, como se suele pensar, sino creando escenarios en que sea posible encajar y interpretar los hechos nuevos que se nos presentan: escenarios en que el pasado se ilumina en el momento de su cognoscibilidad, cuando «se presenta de improviso al sujeto histórico en el momento del peligro».

Porque, se quiera o no, se sea o no consciente de ello, el historiador trabaja siempre en el presente y para el presente: «Los acontecimientos que rodean al historiador, y en los que éste toma parte personalmente —ha dicho Benjamin— están en la base de su exposición como un texto escrito en tinta invisible. La historia que somete al lector viene a representar algo así como el conjunto de las citas que se insertan en este texto, y son tan sólo estas citas las que están escritas de un modo que todos pueden leer».³⁵

Lo que he explicado en estas últimas páginas permitirá entender, espero, que todas estas propuestas de revisión teórica, todos estos planos todavía confusos de caminos que apuntan al futuro, no se presentan aquí como elementos de un debate académico, y mucho menos aún como recetas preparadas para aplicarlas inmediatamente al trabajo, sino como una contribución al necesario esfuerzo colectivo de reconstruir una práctica que nos permita aproximarnos de nuevo, eficazmente, a los problemas de nuestras sociedades y de nuestro tiempo.

En la medida en que el historiador es quien conoce mejor el mapa de la evolución de las sociedades humanas, quien sabe la mentira de los signos indicadores que marcan una dirección única y quien puede descubrir el rastro de los otros caminos que llevaban a destinos diferentes, y tal vez mejores, es a él a quien corresponde, más que a nadie, la tarea de denunciar los engaños y reavivar las esperanzas de «volver a empezar el mundo de nuevo».

34. Gerald M. Edelman y Giulio Tononi, *A universe of consciousness. How matter becomes imagination*, New York, Basic Books, 2000, *passim*, una cita de p. 95.

35. «Passagen-Werk», N 11, 3.

Hablo de engaños, porque la historia en malas manos —lo hemos visto repetidamente— puede convertirse en una temible arma destructiva. Lo es con frecuencia en las de aquellos que la usan como elemento de creación de una conciencia de aceptación del orden establecido. «Representar el pasado y la forma de vida de las poblaciones es una expresión y una fuente de poder», se ha dicho. Estas representaciones pueden servir de base a los programas más aberrantes. «En este siglo, en especial —ha escrito Linda Colley— millones de hombres y mujeres han muerto a causa de que ellos, u otros, han creído fabricaciones sobre el pasado con las cuales los han alimentado políticos, periodistas, fanáticos —y también malos historiadores.»³⁶

Por desgracia no se puede decir que esto sea cosa del pasado. La historia está presente hoy, por regla general, en la base misma de los prejuicios que se usan para justificar las más diversas formas de opresión y de exterminio, con el pretexto de superioridades raciales o de civilización, laicas o religiosas. Hemos hablado antes de casos como el de Ruanda. Se podría decir algo semejante de los conflictos de Yugoslavia o de la visión de los «talibanes» de Afganistán que, convencidos de haber sido ellos quienes han acabado con la Unión Soviética —olvidando las causas internas del declive ruso y la parte que en sus propias victorias corresponde a la ayuda que recibieron de Estados Unidos— piensan que ha llegado el tiempo de emprender una nueva guerra santa a escala planetaria y de reanudar la expansión que el Islam experimentó en los siglos VII y VIII.³⁷ La propia persistencia del racismo se basa ante todo en planteamientos históricos. En *The Turner diaries*, el libro de cabecera de los grupos racistas más radicales de los Estados Unidos, se puede ver cómo se educa a un nuevo recluta dándole a leer «algunos libros sobre raza e historia».³⁸

Pero aún hay una falsificación más grave: la que nos pide que aceptemos las cosas como son, sin hacer ningún esfuerzo por cambiarlas, en nombre de las «leyes de la historia» que han conducido al triunfo anunciado e inevitable del liberalismo y de la globalización.

Conscientes de la trascendencia que pueden tener estas visiones de pasado que nutren las memorias colectivas, no es lícito que nos desentendamos del problema de los usos de la historia en nombre de una imposible neutralidad —académica o postmoderna— que, por otra parte, no impedirá que «los poderes» sigan haciendo un uso adocrinador de ella. En las circunstancias confusas y difíciles del presente, a los historiadores nos corresponde combatir, ar-

36. George Clement Bond y Angela Gilliam, eds. *Social construction of the past. Representation as power*, Londres, Routledge, 1997, p. 1. Por más, añaden, que estas versiones dominantes, que son con frecuencia vagas y generales, pueden convertirse en elemento central «de debates intelectuales, luchas políticas y oposición popular». Linda Colley, «Fabricating the past», *Times Literary Supplement*, 14 junio 1991, p. 5.

37. Ahmed Rashid, *Taliban. Militant Islam, oil and fundamentalism in Central Asia*, New Haven, Yale University Press, 2000, pp. 130-131.

38. Y cómo esta visión racista de la historia se transforma, en función de sus «leyes», en la previsión de un futuro de exterminio racial de la mayor parte de la humanidad. (Andrew MacDonald, *The Turner diaries*, Hillsboro, National Vanguard Books, 1980²).

mados de razones, los prejuicios basados en lecturas malsanas del pasado, a la vez que las profecías paralizadoras de la globalización. De este modo contribuiremos a limpiar de maleza la encrucijada en que nos encontramos y ayudaremos a que se perciban con mayor claridad los diversos caminos que se abren ante nosotros y a que entre todos escojamos los que pueden conducirnos al ideal de una sociedad en que, como dijo un gran historiador, haya «la mayor igualdad posible, dentro de la mayor libertad posible».

Este es un objetivo que muchos seguimos creyendo lícito, aunque se haya pretendido descalificarlo (y no deja de ser revelador que esta descalificación se haga a la vez que la de la historia como instrumento de análisis). En la lucha por construir una sociedad como ésta hemos perdido muchas batallas e incluso alguna guerra. No ha de sorprender que muchos hayan creído que el triunfo era imposible y hayan abandonado el combate, sin darse cuenta de que, incluso habiendo perdido, se ha conseguido cambiar muchas cosas que ya no volverán a ser como en el pasado. Así lo entendía también William Morris cuando, en 1887, al conmemorar una de estas grandes derrotas colectivas, escribía: «La Commune de París no es otra cosa que un eslabón en la lucha que ha tenido lugar a lo largo de la historia de los oprimidos contra los opresores; y sin todas las derrotas del pasado no tendríamos la esperanza de una victoria final».³⁹

No estoy seguro de que hoy pensemos en una victoria final —esta ilusión era también hija de las falacias del progreso lineal—, sino que aspiramos, más modestamente, a algunos logros, por parciales que sean, que bastarán para justificar el esfuerzo de la lucha. Y pienso que, a pesar de las derrotas, ha merecido la pena intentarlo, y que es necesario que sigamos en ello. Porque, como dijo Paul Eluard: «Aunque no hubiese tenido en toda mi vida más que un solo momento de esperanza, hubiese librado este combate. Incluso si he de perderlo, porque otros lo ganarán. Todos los otros».⁴⁰

39. William Morris, «Why we celebrate the Commune of Paris», en *Commonweal*, 3, n.º 62 (marzo 1887), pp. 89-90, reproducido en *Political writings*, Bristol, Thoemmes Press, 1994, pp. 232-235.

40. Paul Eluard, «Une leçon de morale», prefacio, en *Oeuvres complètes*, París, Gallimard, 1984, II, p. 304.